

RETORICISMO CRIOLLO

POR

ANTONIO S. PEDREIRA

Social, abril, 1933

EL retoricismo no es una característica privativa de Puerto Rico, ya que en variadas ocasiones Eugenio María de Hostos entre cien más, la ha señalado como peculiar de Hispanoamérica. Al discernir sobre el sentido americano del disparate, Mariano Picón Salas ha dicho que "la retórica... es uno de nuestros vicios continentales, y un vicio tan peligroso que matiza los otros y los adorna con oropeles... Tropicalismo es incapacidad de llamar las cosas por su justo nombre; delirio verbal, deformación de los hechos o las ideas".

Nosotros que hemos vivido siempre sumergidos en la gramática, nunca hemos podido llamar las cosas por su propio nombre. Forzosamente, el criollo tuvo que recurrir al contrabando comercial y verbal. La fiscalización oficiosa desarrolló en el pueblo habilidades de astucia y *jaibería*—(voz nativa y sintomática, equivalente a malicia intencionada)—y el jíbaro que hoy las exhibe maravillosamente tuvo que echar a andar por los atajos del comercio y la expresión, para burlar la suspicaz vigilancia del gobierno que entorpecía con su celo las pocas rutas francas. El verbo *atrechar* y el sustantivo *atrecho* son voces creadas por necesidades puertorriqueñas, que aún no han tenido sanción académica. Amparan su origen los primeros trescientos años de educación española en que sólo conocimos a los *maestros de gramática*, según afirman las Memorias del siglo XVI, la que firma el canónigo Torres Vargas en 1647 y la que autoriza don Alejandro O'Reilly en 1765. He aquí

Literato y periodista de renombre y prestigio en su patria, Puerto Rico, y en Hispanoamérica, director de la revista "Índice" y profesor de la Universidad de San Juan, SOCIAL se complace en dar cabida en sus páginas a este interesantísimo ensayo en el que, aunque su autor analiza y critica diversos aspectos del carácter y costumbres puertorriqueñas, constituye amplio y valioso estudio de sociología criolla.

la raíz educativa del nuestro retoricismo.

Pero no hay que ir tan lejos. No he olvidado los generosos esfuerzos que hacían mis maestros no ha muchos años, en la escuela pública norteamericana por enseñarnos a hablar correctamente, escogiendo como modelo los peores párrafos del *Quijote*. Tengo presentes como si fueran de ahora los elogios desmesurados que tributaban a la burlesca e hinchada descripción de la primera salida que el hidalgo manchego brezaba en su cabeza; "apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus harpadas lenguas... etc., etc." Y con este párrafo, inflado de mal gusto y de sátira cervantina nos adiestraban en el castizo manejo del idioma. ¡Dios se lo perdone a mis maestros! Luego topé con él en tiempos de mi segunda enseñanza, en la *Gramática* del puertorriqueño Hernández, que lo ofrecía como un precioso modelo literario, ejemplo de buen gusto y bien decir. Vine a darme cuenta del error de todos, cuando ya mayor me senté por primera vez a leer el *Quijote* reflexivamente. ¡El párrafo menos cervantino de la obra, se convertía por obra

a

2

y gracia del retoricismo importado, en un bello modelo ejemplarizante!

Si de las bardas escolares saltamos a la historia y a la vida, encontraremos explicación a esta modalidad verbosa en la situación política que entonces más que ahora mantenía nuestras aspiraciones acorraladas. Agazapando intenciones frente al confinamiento y el destierro, la imprecisión, el tropo y el rodeo, crearon un palpable mestizaje en nuestra expresión. La claridad y la exactitud—vía franca—resultaban desgraciadamente perjudiciales al pensamiento sincero que bullía en nosotros, y buscando amparo para su liberación en el adjetivo y en la perífrasis, caímos inevitablemente en el retoricismo que encontró sus capas de mantillo en la educación escolástica que recibíamos.

Han gravitado sobre el país tenebrosos problemas coloniales que impulsaron al criollo al merodeo expresivo, a la salvadora hipocresía verbal, al disimulo elocuente del sentir que no podía expresarse en toda su plenitud so pena de ofender la delicadísima susceptibilidad de los gobernantes. Su extremada vigilancia nos convirtió en contrabandistas de las ideas insulares. Así fuimos abordando los problemas con táctica defensiva, caminando por peligrosos *atrechos*, disimulando con palabras numerosas el grito agónico de nuestras rebeldías. En la ornamentación de los párrafos, en la hojarasca protectora, en la frondosidad inexpressiva fuimos escondiendo amorosamente la cápsula de nuestro pensamiento magre. Y si de esta manera penumbrosa pudimos libertar a hurtadillas nues-

tras ansias cívicas, también de esta manera fuimos desarrollando una actitud mental que sirvió de soporte al verbalismo del presente. Nuestra miseria centenaria con la prestidigitación de la elocuencia, y es forzoso que siempre la veamos en función decorativa.

Hacia 1825, don Juan Rodríguez Calderón escribió la primera poesía puertorriqueña de paternidad conocida con este título formalmente profético: "A la Hermosa y Feliz Isla de San Juan de Puerto Rico". Muchos años más tarde José Gautier Benítez nos proclamó "bello jardín de América el ornato, siendo el jardín América del mundo". Estamos en plena zafra poética y podríamos centuplicar los ejemplos. Baste el de arriba mencionado para consignar una actitud lisonjera de fácil captación. Y cuando un extranjero malagradecido como el poeta Manuel del Palacio nos dirigió sin grandes hipérbolos aquel soneto que empieza:

*Este que siglos ha fué Puerto Rico
Hoy debiera llamarse Puerto Pobre,
Pues quien oro en él busca, o plata o
(cobre
Seguro tiene soberano mico.*

y que sigue mencionando la realidad del mofongo, de la inercia, del calor, de los hijos sin padres, y de los negros, le contestó José Gualberto Padilla (El Caribe) con otro soneto parafraseado y con una larga y popular composición que cubre catorce páginas del libro en que ambos se recogen, no era para menos. Señalo el incidente que ocurrió en el 1873 y doy su reverso: hacia 1912 llegó el poeta Santos Chocano a Puerto

Rico y dedicó a San Juan su celebradísimo poema "La Ciudad Encantada" con que inició su libro "Puerto Rico Lírico"; el país entero supo pagar con su agradecimiento y su dinero, el aluvión retórico y galano del Poeta de América. Antes lo hizo con Salvador Rueda; después con Francisco Villaespesa.

Hace cuarenta años que estamos discutiendo apasionadamente en la prensa, en el libro y en el Ateneo, el sitio inequívoco por donde desembarcó Colón, como si ese debate acalorado y largo fuera de enorme trascendencia para la vida espiritual del pueblo. Yo mismo —¡no he podido remediarlo!— eché mi cuarto a espadas en mi libro de ensayos titulado *Aristas*, prestando mi adhe-

sión retórica a otra muy trabajada polémica sobre si debe decirse *portorriqueño* o *puertorriqueño*. Los fuegos artificiales no pueden faltar en nuestras fiestas.

Y es que en la angustia protocolaria en que nos debatimos, cargamos sin remedio con el arrastre histórico del expedienteo. Hemos ajustado al ritmo de nuestra imaginación militante el curso de la vida y pronunciamos en tono castelarismo nuestras aspiraciones cívicas. Se puede escribir una voluminosa historia política al margen de los banquetes celebrados, y anotarla pintorescamente con millares de telegramas de adhesión. El comedor y el telégrafo han sido factores inexcusables para la formación de la patria verbal, y espitas siempre abiertas para descongestionar nuestra clásica hidropesía retórica. En vez de caldear la historia, caldeamos la palabra que derrumba imperios.

En un pueblo de millón y medio de almas, dos docenas de nombres forman lo que la prensa llama *La Voz del País*. Los demás no tienen voz... ni voto. La voz de la opinión queda relegada a unos pocos. ¡Cuántos programas y resoluciones no han salido de esos antros

de retoricismo que presiden el peluquero y el pildorero! La barbería y la botica tienen brillantes condiciones de "caucus". Ambas se asocian para formar en cada población una especie de *Prensa Unida*. Por ellas circula el filo de la reticencia, toda la vida municipal e insular y al compás de la tijera y del mortero van naciendo en lucha con la murmuración, acuerdos y resoluciones que intentan conminar a frase limpia la crisis del país, como por obra del verbo divino. Por lo general nuestro cacique político es un hombre ducho en jabonadura y emplastos.

La navaja y la espátula ofrecen una estupenda colaboración a la política insular: barbería y botica son vísperas de comités y de tribuna, y en su seno se abusa demasiado del "santo amor a la patria puertorriqueña". Eludo por ahora otros problemas sociales que en ambos sitios tienen gestación y desarrollo, y quiero hacer constar la pureza de intenciones con que los utilizo en este ensayo.

Y después de todo, ¿qué han de hacer nuestros prohombres en esos pueblos hoscos de la isla, cerrados a toda excitación desinteresada y adormecidos con el retornado de las innumerables comisiones que van a Washington? ¿Qué han de hacer sino improvisar momentáneamente nuestro destino? ¿Qué sino alimentar con imaginación de municipio sus perpetuas ansias de civilidad?, y desde el pragmatismo que declama: "*Los mejores hombres para los mejores puestos*, que en la práctica pierde todo su sentido aristarco, hasta la exaltación desesperada que grita: "*Dadme la independencia aunque nos muramos de hambre*" hay una fecunda trayectoria temática de gobierno interior, que se hincha superlativamente con fantasías de trasbotica. Afirmaba Tomás Carrión Maduro que "en tropos retóricos hemos invertido los isleños la parte más preciosa de nuestra vida".

Desde esta atalaya montamos guardia pretoriana apertrechados de ingenio y de dialéctica.

Cuando a principios del presente siglo se fundó el histórico partido Unión de Puerto Rico, alguien lo llamó despectivamente "vapor de agua", a lo que otro contestó: "sí, vapor de agua que dará potencia y empuje a nuestra gran familia". Y la mecha socialista, y del pico del águila republicana y de la trompa del elefante coalicionista, ha caído sobre nuestro pueblo un diluvio de frases lapidarias capaz de empedrear el camino del infierno. En plena Cámara de Representantes nuestro ilustre lisiado sostenía que la Isla de Puerto Rico tenía que dividirse en siete distritos, "porque siete eran los colores del iris, siete las maravillas del mundo, siete los pecados capitales, siete los días de la semana", etc.

Esta especial modalidad de nuestro carácter no se inicia con nuestros honorables "Excelentísimos Capitanes Generales" ni con la época de "la muy leal y muy noble ciudad de San Juan Bautista de Puerto Rico". Es herencia racial que nos traspasaron con el pomposo nombre de la isla, nacido en una momentánea explosión de júbilo en la que predominaba la fuerza dialéctica del siglo XVI. Con esa misma festinación con que ahora queremos resolver a frase hecha nuestros más graves problemas, se nos puso un nombre impropio que hemos cargado como una cruz de oro sobre los flacos hombros de nuestra desventura. El nombre de Puerto Rico fué nuestra primera lección de retórica al borde de la cuna.

Esquilgadas nuestras raquícticas minas en los primeros años de la conquista, quedamos desde entonces reducidos a la pobreza áctual, aumentada en cada época posterior por una serie de circunstancias variables, pero permanentes. Bajo la pompa lírica de un nombre no ha podido ver el mundo ni nuestra pobre constitución física, ni nuestra industria vacilante, ni nuestra vida anémica. El panorama de la miseria boricua tiene una perspectiva centenaria desde siempre, nuestro jíbaro, nuestro trabajador, comen mal, viven mal, trabajan mucho y ganan poco. Temporales, terremotos y epidemias agravan de tarde en tarde permanente desequilibrio económico, y bajo la exuberancia retórica de un adjetivo, arrastramos con languidez vegetativa nuestra existencia agria. Y como si fuera poco, el turista—tratamiendas sin ojos y sin conciencia—nos ayuda a cubrir nuestra miseria llamándonos halagadoramente la Isla del Encanto; La Perla de las Antillas, La Suiza de América.

De este optimismo metafórico no participan los pobres islotes que nos rodean y que en cambio muestran en su nomenclatura geográfica una expresión honrada de nuestra realidad: Caja de Muerto, Desecho, la Mona Monito, Pata de Cabra, Culebra... una vez Eduardo Zamacois a su paso por Puerto Rico visitó la isla de Cabra (que en la boca del morró anticipaba con su colonia de leprosos un macabro saludo al visitante) y en su libro *La Alegría de Andar* le dedicó un capítulo: *La Isla del Espanto*.

a

5

Nuestra facundia ornamental tiene fuerza centrípeta: excluye mar afuera, pero empieza a manifestarse vigorosamente costa adentro. Nuestras aspiraciones incumplidas prenden también en altisonancia en nuestros pobres pueblos acurrucados bajo la sombra halagadora del tropo: La Ciudad Encantada, la Perla del Sur, la Sultana del Oeste, la ciudad del Turabo, del Plata, del Guamaní, de las Lomas.

Barros cambió su nombre por Orocovis, y he visto proposiciones en la prensa para trocar el nombre de la isla por el de Luis Muñoz Rivera. ¡Retórica y Poética!... aquí todo tiende a resolverse al compás del Himno de Washington o de la Borinqueña.

Hay en nuestro pueblo entusiasmo atávico por la safestería. Más que amor a la eficacia de la palabra a tiempo, es voluptuosidad por las palabras en manadas sinfónicas. Ya he dicho antes que la perífrasis ha sido para nosotros algo así como una estratégica trinchera desde la cual centenariamente hemos defendido nuestras posiciones. Un pueblo que se ha encontrado en perpetuo juicio por jurado, ha tenido que acompañar su vida al ritmo de la polémica forense. Y la abogacía es una contagiosa profesión perifrástica que atrae enormemente el interés de la juventud puertorriqueña. Los terremotos y los ciclones no han causado tanto daño a nuestro carácter como esa avalancha de expertos ignoros que indefectiblemente explican en la prensa sus causas y consecuencias. Inventamos sin el menor reparo teorías geológicas y atmosféricas. La improvisación es nuestro fuerte: el "yo no estoy preparado" de un orador equivale a dos horas de discurso. Y de esa abogacía laica, que tiende a cimentar en la opinión pública a un prestigio opinante, surge esa otra manifestación exótica de retoricismo boricua que hoy llamamos "statement". El

"statement" es un turno en defensa propia que sirve de fermento a todas las tertulias del país. Unas veces se convierte en diálogo y cristaliza en interviú; otras adquiere trascendencia y se hace Manifiesto. Y cuando tocado de frivolidad complaciente se rebaja a una ínfima categoría pleyeba, se torna en *Crónica Social*.

La *Crónica Social* parece que se inventó para nosotros: es la cloaca de nuestro retoricismo y en ella se desgastan a presión de idiotez nuestras palabras. ¿Quién no conoce el vocabulario afeminado y cursi de nuestras crónicas sociales? ¿Quién no ha sentido náuseas espirituales al leer tanta bazofia que sólo a los nombrados interesa? Ocurre en ellas lo que dijimos que sucedía con el sonoro nombre de *Puerto Rico*: son piedras falsas, apariencias, engaños a sabiendas, prestidigitación que oculta artificiosamente nuestra etiología.

Y el vivir de apariencias es otra forma gráfica de ese mismo hábito creo que universal, pero que en nosotros es patético. Un científico francés, Pedro Ledrú, visitó la isla a final del siglo XVIII y sorprendió sin esfuerzo ese espectáculo de la vida íntima. En su *Viaje a la Isla de Puerto Rico*, y que publicó en 1797, dice este explorador: "Colono hay poco favorecido por la fortuna, que se priva durante seis meses de muchos goces ordinarios para distinguirse, en las primeras carreras por la elegancia de su traje y la riqueza del arnés de su caballo". La observación sigue teniendo validez en nuestra época, y se agrava con la expansión del crédito. Vestimos a plazos, y a plazos enchapamos nuestra vida que se desliza por la cuerda floja de las entradas haciendo constantemente peligrosos equilibrios para no perder el balance necesario. Se da en la vida doméstica el mismo fenómeno que en

a

6

nuestra hacienda pública, agobiada de empréstitos y de contribuciones y en crisis permanente. En un país monocultivo en que el exceso de población nos empuja a una brutal competencia humana que trae como consecuencia el abaratamiento del trabajo y el forzoso desempleo, ha de acompasarse el poder adquisitivo con la necesidad distributiva. Y como no es fácilmente posible conjugar el *haber* con el *debe* y queremos y hasta necesitamos sostener nuestro prestigio social a base de aparente bienestar, bajamos sobre nuestra escena privada el telón de boca de nuestro crédito—arroz y tartana—hasta que al fin llega el fracaso, la quiebra o el incendio *casual* que destruye el decorado de nuestra safistería. Una excursión por el historial de las Compañías de Seguros, arrojará una gran cantidad de ácido sobre el enchape de nuestras relaciones. Los catorce quilates que en ellos puso la retórica desaparecerán al menor frote de una investigación legal.

Y así vamos tirando. Nuestro retoricismo clama hospitalización y cuarentena. Esta galantería venal que coquetea con la miseria de nuestra realidad ambiente es sumamente peligrosa y triste, no obstante su fachada. La válvula de escape de íntimos colorines gramaticales da tono de fiesta a nuestra historia, y adquiere un vigor sorprendente al manifestarse en esa definición nacional que es la poesía. Pero la selva laberíntica de nuestra poesía requiere más amplia exploración, y aplazamos su estudio para mejor oportunidad que la presente. Nuestro Retoricismo no es sino un solo aspecto de un ensayo más amplio que tiende a sorprender nuestra conciencia colectiva en sus más esenciales manifestaciones.

Arzobispo, abril 1933



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA